

Capítulo 108

Ante las palabras de Alon, todos quedaron boquiabiertos por la incredulidad.

Incluso el sabio Ashgul, con arrugas doblándose sobre sus ojos, quedó atónito.

También lo era el veloz Syrkal, que todavía miraba a Alon con cautelosa cautela.

Incluso Evan, que había estado examinando curiosamente una de las máscaras de monstruos gigantes en la esquina de la tienda, se quedó paralizado.

Reinhardt, que había estado inspeccionando casualmente los alrededores con desinterés como Evan, no fue una excepción.

Todos ellos quedaron boquiabiertos.

Las palabras que acababan de salir de la boca de Alon eran absolutamente incomprensibles para cualquiera que estuviera presente.

Entre ellos, Reinhardt, en particular, lo miró fijamente con una expresión que gritaba: '¿Qué diablos acaba de decir?'

Aunque Reinhardt parecía desaliñado en ese momento, después de haber pasado largos períodos entrenando en la jungla y moviéndose entre campamentos, aún reconocía el ser del que Alon había hablado.

El receptor, Basiliora.



Una serpiente salvaje y enorme, era a la vez el gobernante de la región oriental y la deidad adorada por la Tribu Serpiente del Trueno.

Muchos equipos de expedición evitaron el conflicto con la Tribu Serpiente del Trueno precisamente porque Basiliora estaba detrás de ellos.

Sin embargo, allí estaba el marqués Pallatio, declarando audazmente su intención de subyugar a Basiliora frente a la misma tribu que la veneraba como su dios.

'¿Está loco?' Reinhardt pensó, mirando a Alon con una genuina sensación de incredulidad.

Por supuesto, él ya sabía que Alon no era una persona común y corriente.

Había escuchado los rumores y fue testigo de primera mano de algunas de las extraordinarias hazañas de Alon.

Pero por extraordinaria que fuera, la idea de subyugar a Basiliora parecía el colmo del absurdo —algo más allá de la mera arrogancia.

'¿Ese monstruo...?'

Reinhardt recordó la única vez que vio a Basiliora.

Su enorme cola había atravesado casualmente la jungla, rompiendo docenas de árboles como ramitas.



Su enorme cuerpo se alzaba sobre las copas de los árboles, dejando una impresión tan indeleble que Reinhardt nunca pudo olvidarla.

Y, sin embargo, mientras Reinhardt miraba incrédulo a Deus, que estaba junto al marqués Pallatio, asintiendo tranquilamente en señal de acuerdo, su incredulidad se profundizó.

"...¿Qué acabas de decir?"

Por primera vez, Wise Ashgul frunció el ceño, abandonando su habitual actitud tranquila.

"Esas son palabras, no importa cuán estimado seas, que no pueden tomarse a la ligera", dijo Ashgul, con su voz teñida de hostilidad manifiesta.

Pero Alon no se inmutó.

Ya había anticipado esta reacción.

Alon pronunció las palabras que había preparado de antemano.

"Entonces ¿seguirás viviendo así?"

"...¿Qué estás tratando de decir?" Ashgul preguntó.

"Te pregunto si continuarás ofreciendo a tu pueblo a ese dios", dijo Alon sin rodeos.

"¿Cómo... cómo sabes eso?"



La expresión conmocionada de Ashgul lo delató, una admisión silenciosa de la verdad.

Pero Alon no se detuvo y continuó su discusión.

"Recuerda esto, Ashgul. El dios que adoras nunca dejará de exigir sacrificios humanos —no hasta que la Tribu Serpiente del Trueno sea completamente destruida"

"¿Y cómo puedes estar tan seguro de eso?" Ashgul desafiado.

Sin dudarlo, Alon respondió: "No hay necesidad de certeza. Ya lo sabes, ¿no? Sabes que no se detendrá."

Las siguientes palabras de Alon fueron aún más agudas.

"Si la Tribu Serpiente del Trueno me ayuda, me desharé de ella por ti."

Ashgul se quedó en silencio, incapaz de responder.

Alon no dijo más.

No porque no tuviera nada que añadir, sino porque no era necesario.

Su propósito aquí era doble: obligar al jefe de la Tribu Serpiente del Trueno a enfrentar una verdad que habían ignorado durante mucho tiempo y ofrecerles una oportunidad de cambio.



Después de un momento de tenso silencio, Ashgul finalmente habló.

"...¿Me darías un día para considerar esto?"

"Esperaré", respondió Alon.

Y con eso terminó su primer encuentro, dejando la promesa del mañana en el aire.

Cuando Alon salió de la tienda con sus compañeros, miró hacia atrás momentáneamente y vio a las pupilas de Syrkal temblar incontrolablemente.

Sin dudarlo más, salieron del santuario.

Poco después:

"Marqués."

"¿Qué tienes en mente?"

"...¿De verdad estás planeando capturar a ese supuesto dios?"

Al regresar al alojamiento que les asignó la Tribu Serpiente del Trueno, Evan inmediatamente hizo la pregunta.

Alon asintió con calma.

"Sí."



"...Espera, ¿hablas en serio?"

"Yo soy."

"A veces realmente no te entiendo, Marqués. Pero... ¿estás seguro de que no necesitas explicarte más? A juzgar por su reacción, no parecían particularmente satisfechos con lo que dijiste."

Alon respondió con indiferencia.

"Probablemente lo aceptarán."

"¿Y por qué es eso?"

"Porque probablemente ya no quieran seguir ofreciendo sacrificios humanos."

Evan chasqueó la lengua con frustración.

"Como pensaba, de eso se trata todo esto."

"Exactamente."

"Pero aún así, ¿realmente crees que aceptarán fácilmente tu plan? Claro, es una práctica bárbara, pero para las tribus donde el sacrificio humano está arraigado en su cultura, es posible que ni siquiera se den cuenta de que está mal."



Evan no estaba del todo equivocado.

El sacrificio humano era visto como un acto indescriptible en cualquier lugar regido por principios morales básicos.

Sin embargo, en tribus aisladas como la Tribu Serpiente del Trueno, cuya interacción con el mundo exterior era mínima, era plausible que carecieran del marco moral para cuestionar la práctica.

Aún así, Evan estaba equivocado en una cosa.

"La Tribu Serpiente del Trueno no era originalmente una tribu que ofreciera sacrificios humanos. Los están obligando a hacerlo."

"...¿Forzado?"

Aunque Alon no conocía todos los detalles sobre ellos, estaba seguro de dos cosas:

En primer lugar, la Tribu Serpiente del Trueno no había practicado sacrificios humanos en el pasado.

En segundo lugar, quien imponía los sacrificios no era otro que su supuesto guardián, Basiliora.

"...Espera, entonces ¿por qué no aceptarían tu propuesta?"

Evan parecía desconcertado.



Alon no respondió de inmediato, pero Reinhardt sí.

"Obviamente tienen miedo de lo que pasará si fracasan. ¿No es fácil imaginarlo? Si la tribu realmente se ve obligada a realizar sacrificios, probablemente lo esté haciendo para evitar ser aniquilada."

"Eso tiene sentido, pero ¿no sería mejor para ellos simplemente escapar a un lugar donde Basiliora no existe?"

"Claramente no pueden escapar. Hay algo que los detiene y es por eso que están soportando esta humillación", respondió Reinhardt.

Alon miró fijamente a Reinhardt, impresionado.

A pesar de su apariencia ruda y parecida a la de un bandido, Reinhardt había deducido con precisión la situación.

"Correcto. La Tribu Serpiente del Trueno no puede abandonar este lugar. Para ser más precisos, están atrapados aquí. Basiliora los mantiene bajo vigilancia, asegurándose de que no puedan escapar."

"Oh."

Evan dejó escapar una pequeña exclamación de admiración.

Reinhardt se hinchó brevemente ante la mirada de aprobación de Deus y frunció el ceño como si algo se le hubiera ocurrido.

"Espera un segundo. ¿Por qué todos parecéis tan sorprendidos? ¿Es tan impactante que me di cuenta de esto?"

"bien..."

"...¿Porque tu cerebro funciona más rápido de lo que sugiere tu apariencia?"
Deus bromeó.

"Oh, eso es —tos—uh..."

Evan asintió con entusiasmo, sólo para aclararse la garganta torpemente cuando notó que Reinhardt lo miraba fijamente.

Cambiando rápidamente de tema, Evan preguntó: "De todos modos, ¿por qué Basiliora no deja que la tribu se vaya?"

La urgencia de su tono llamó la atención de Alon.

"Probablemente por su fe", pensó Alon.

Basiliora confió en la fe de la Tribu Serpiente del Trueno como fuente de poder, plenamente consciente de cuánto lo fortalecía.

Para Basiliora, la tribu no era sólo un protectorado— era una valiosa fuente de fe.

El problema, sin embargo, era que Basiliora se había dado cuenta de que el miedo y el sacrificio humano podían generar incluso más fe que la protección.

"Y seguramente el jefe también conoce esa verdad."



Alon recordó la amargura en la voz de Syrkal durante el juego mientras contaba la verdad sobre los sacrificios humanos, un secreto transmitido por el jefe anterior.

"Yo no sé las razones exactas", dijo Alon, evadiendo más explicaciones.

La historia completa tardaría demasiado en compartirse.

"De todos modos, esperemos y veamos."

Con esas palabras tomó asiento.

Tres horas después.

"¿Es realmente... verdaderamente posible capturar a Basiliora?"

Alon miró a Syrkal, que había regresado mucho antes de lo esperado. Había anticipado que la tribu tardaría uno o dos días en celebrar una reunión y tomar una decisión, pero Syrkal acudió a él en sólo tres horas.

"Sí," Alon respondió con calma asintiendo.

"...Mi hermana menor es el próximo sacrificio."

Alon no tardó mucho en comprender por qué la decisión había llegado tan rápido.



"Por eso la reunión terminó tan rápido."

"Sí. Si actuamos ahora, aún podremos salvar a mi hermana."

"No podría haber sido fácil convencer a los demás."

"El jefe y yo acordamos asumir toda la responsabilidad."

Alon hizo una pausa por un momento, considerando el riesgo que ella y el jefe estaban tomando. ¿Podría ella realmente asumir las consecuencias si fracasaran? Rápidamente descartó el pensamiento y asintió.

Dada la naturaleza de Basiliora, la Tribu Serpiente del Trueno era demasiado valiosa para que la entidad simplemente la aniquilara. Sus vidas solas —las de ella y las del jefe— podrían ser suficientes como compensación.

Pero para Alon, el fracaso nunca fue una opción.

"Entonces analicemos lo que hay que hacer."

Alon comenzó a explicarle los pasos a Syrkal, cuya expresión era resuelta.

Jenira.



La hermana menor de Syrkal, la guerrera más fuerte de la Tribu Serpiente del Trueno.

Acababa de cumplir dieciséis años y estaba a punto de someterse a la ceremonia de mayoría de edad, lo que le valió su nombre tribal junto con otros de su edad. Pero ahora, ella estaba sola en lo alto del techo del templo, contemplando la lluvia mientras caía en fuertes gotas.

Nubes oscuras, salpicadas de tonos de gris, se profundizaron a medida que se acercaba el crepúsculo. Jenira miró sus manos.

En su palma había una manzana.

Fue su última comida, un regalo de su hermana, a quien amaba mucho. La manzana le había sido entregada por Syrkal, quien, por primera vez, derramó lágrimas mientras la presionaba en sus manos.

Jenira miró fijamente la manzana roja, que alguna vez fue vívida, ahora apagada como el cielo gris de arriba. Syrkal le había dicho que lo comiera, pero Jenira no.

No, ella no pudo.

A pesar de su hambre, a pesar de su amor por las manzanas, no se atrevía a comerlas.

En el momento en que lo mordió, sintió que marcaría el final. Comerlo significaría estar solo. El miedo a ese último momento le impidió dar ni un solo mordisco. Ella sabía que ésta era su última comida.



No tiene sentido.

Jenira no era ignorante. Sabía que aferrarse a la manzana no mantendría a su hermana a su lado. Ella sabía que el final inevitable no se detendría.

Ella quería correr.

Un impulso repentino y abrumador pasó por su mente, pero su cuerpo no se movió.

Correr sólo le haría a su hermana el siguiente sacrificio. Ella lo entendió demasiado bien.

Entonces ella se quedó quieta, observando cómo el cielo gris se oscurecía aún más en la noche.

Hasta—

"!"

Ku-gu-gu-gu—!

Ella lo vio.

Algo enorme, deslizándose hacia ella.

El gran dios al que ella adoraba. El dios al que ella nunca quiso enfrentarse.



...La muerte había llegado para ella.

Atravesando los árboles con su gran tamaño, la enorme serpiente —no, el Receptor, Basiliora— se deslizó sin esfuerzo alrededor del colossal altar. Sus enormes ojos se fijaron en ella.

La pupila del reptil, más grande que todo su cuerpo, la penetró.

"Ah—"

El miedo la alcanzó. Su cuerpo tembló incontrolablemente.

La manzana se le resbaló de las manos y aterrizó en el suelo empapado por la lluvia.

Su mente gritaba por sobrevivir.

'Quiero vivir. Quiero vivir. Quiero vivir. Quiero vivir.'

El pensamiento se repetía sin cesar, ardiendo en su mente.

Pero en el fondo ella lo sabía.

Por mucho que suplicara o llorara, nadie venía a salvarla. Su muerte ya había sido decidida.

Y entonces, todo lo que pudo hacer fue llorar en silencio mientras estaba allí, congelada por el terror.



El Receptor, que parecía saborear su miedo, abrió sus gigantescas mandíbulas—lo suficientemente grandes como para tragarse una casa de un solo bocado— para devorarla.

Pero entonces—

"Congelación ártica."

Sonó una voz.

¡Crack, crack, crack!

Todo lo que había encima del altar se congeló por completo.

El suelo.

El agua de lluvia se acumula en el suelo.

Incluso la manzana que Jenira había dejado caer.

La lluvia que caía del cielo se congelaba y cada gota quedaba suspendida en el hielo.

Si atunci—

Desde el borde del altar,

Paso, paso—

Un hombre caminó hacia adelante, imperturbable, con expresión indiferente mientras la lluvia helada lo rozaba.

En una mano llevaba un remolino de magia blanca grisácea. A su lado flotaba una masa rectangular de hierro, aproximadamente la mitad de su tamaño.

Mientras subía las escaleras, murmuró algo en voz baja —demasiado silencioso para que nadie lo oyera.

Pero inmediatamente después—

¡CRAAACK!

La masa rectangular de hierro se retorció de forma antinatural, transformándose en una enorme lanza.

El dios, el Receptor, Basiliora, instintivamente se sintió amenazado. Intentó cerrar sus mandíbulas abiertas, pero—

Su boca no se cerraba.

Dentro de la cavernosa extensión gris ceniza de sus fauces, hilos violetas brillantes se entrecruzaban salvajemente, manteniendo la boca del dios abierta de par en par.

En el momento en que se dio cuenta de esto, el enorme cuerpo de Basiliora, enrollado alrededor del altar, comenzó a convulsionar.



¡RUGBLE!

Con sólo un giro de su colosal marco, todo el altar tembló como si hubiera ocurrido un terremoto.

Sin embargo, el hombre no se dejó intimidar. Subió tranquilamente los escalones restantes y pasó junto a Jenira, que estaba congelada por el miedo, antes de detenerse frente al dios.

Con otro murmullo silencioso, levantó la mano, formando un gesto como una pistola con los dedos índice y medio apuntando hacia adelante.

"Pierce."

Él pronunció la última palabra.

¡BOOM!

Cayó un enorme rayo.

La lanza de hierro salió disparada y atravesó la mandíbula superior de Basiliora con un impacto estremecedor.

Y entonces, el dios cayó.

Basiliora, traspasada y derrotada, cayó al altar, con su divina majestad destrozada.



Y Jenira, congelada donde estaba, miró fijamente al hombre que había derribado a tal "dios"